

Tensiones e indecisiones

Demetrio Boersner*



Los primeros meses del año 2010 transcurren bajo la sombra de angustias y tensiones internacionales, agravadas por el hecho de que ningún factor dirigente ha propuesto fórmulas ampliamente convincentes para superar los problemas

Este invierno boreal (y verano austral) ha traído brutales traumas climáticos a los pueblos tanto del norte como del sur. En Norteamérica, Europa y Asia septentrional, temperaturas glaciales y tormentas de nieve sin precedente en la memoria de los vivientes han paralizado la actividad de países enteros, causando muertes y desolación. Durante los veranos, grandes bloques de hielo polar se desprenden y se derriten. Tal vez los cambios atmosféricos y acuáticos de algún modo contribuyen a desequilibrar las profundidades del subsuelo: los colosales sismos de Haití y de Chile han infundido miedo a los habitantes del planeta entero. Ante ese panorama, causa asombro la relativa pasividad de las principales potencias —sobre todo Estados Unidos y China— con respecto al problema climático. La reducción de emisiones de gases contaminantes debería acelerarse drásticamente, en conformidad con las conclusiones tanto de la organización Gore como del panel climático de las Naciones Unidas; pese a ello, el capitalismo clásico de Estados Unidos y el capitalismo dirigista (todavía *comunista*) de China se coaligaron en Copenhague para diluir las propuestas que exigirían sacrificios a ambas élites. Dos o tres gritones del tercer mundo contribuyeron a sabotear eventuales entendimientos.

RECESIÓN QUE NO SE PARA

El año se inició con informaciones alentadoras sobre una presunta recuperación del ritmo de los negocios en Estados Unidos, y comentarios optimistas sobre los efectos que ello pudiere tener en escala global. Al mismo tiempo, sin embargo, quedó claro que se trataba de una recuperación que por los momentos no pasa de ser financiera y especulativa, sin raíces profundas en el proceso de producción. Sobre todo, es evidente que hasta ahora la recuperación no ha llegado al nivel más esencial para el bienestar humano, que es el del mercado del trabajo. La desocupación laboral en Estados Unidos se mantiene en 10%, que es sólo la mitad del índice de

países como España, pero prosigue el deterioro de la calidad ocupacional norteamericana: por la debilidad del sindicalismo y de la legislación laboral, un número creciente de trabajadores pasa del empleo formal y estable al informal y precario.

Luego, en el mes de febrero, se agravó la situación financiera de la Unión Europea que, hasta entonces, había parecido más previsible y mejor equipada que Estados Unidos para hacer frente a la crisis económica. Grecia repentinamente mostró tener un déficit fiscal alarmante, que antes había ocultado ante los ojos del mundo, y ello desencadenó un pánico financiero de grandes proporciones, que afectó a toda la zona del euro y obligó a la Unión Europea a adoptar medidas rigurosas para corregir y disciplinar al díscolo país mediterráneo. Al mismo tiempo quedó en plena evidencia la situación económica también precaria de España, donde Rodríguez Zapatero se muestra indeciso ante la crisis, y su propio partido político socialista comienza a añorar los tiempos de Felipe González, hombre de pulso firme. Paul Krugman, premio Nobel y analista económico neo-keynesiano, señaló en artículo publicado en el *New York Times*, que esta actual crisis europea demuestra que la creación de la moneda única (euro) para países de desarrollo desigual fue prematura y desacertada: si Grecia siguiera con la dracma y España con la peseta, bastaría con devaluar esas monedas nacionales y el resto del continente no quedaría afectado.

LUCHA POR EL MEDIO ORIENTE AMPLIADO

No cabe duda de que hoy en día la franja territorial que se extiende en forma de media luna del Cuerno de África en un extremo hasta Pakistán en el otro, y que engloba la mayor parte del mundo musulmán, constituye el espacio geográfico de más vital importancia estratégica internacional. El Cercano o Medio Oriente, alargado desde sus límites geográficos originales hasta el norte de África por un lado y hasta Asia central y del sur por el otro, contiene los mayores recursos energéticos y las más importantes rutas de comunicación estratégica del planeta, a la vez que de su propio seno genera conflictos desestabilizadores. Por consideraciones económicas y de seguridad constituye la principal zona de interés vital y de rivalidades y negociaciones para las potencias del mundo.

Al mismo tiempo, como lo han señalado Edward Said y otros autores de visión estructuralista, el Medio Oriente Ampliado es escenario de una gran contienda entre dos corrientes universales contrapuestas: la neocolonial y la descolonizadora. Desde hace unos 400 años, la historia del mundo es marcada por un patrón de inevitables etapas de autoafirmación nacional (con expresiones políticas y étnico-culturales) que tarde o temprano tienen que atravesar todos los pueblos antes de poder dedicar su atención a lo verdaderamente esencial, que es el problema de avanzar de sistemas de desigualdad interna extrema hacia otros de desigualdad interna menor. En otras palabras, hay una etapa ineludible en la cual las protestas sociales se desvían transitoriamente hacia lo nacional, ya que la nación parece ser el marco indispensable para las luchas futuras por la liberación humana. En el señalamiento de esta necesidad de una etapa nacionalista en la historia de cada sociedad, coinciden Marx y Engels con el más grande estudioso liberal del nacionalismo en el siglo XX, que fue el profesor Hans Kohn.



El Islam, que bajo los califatos árabes y turco fue, durante casi mil años, un imperio más o menos homogéneo, poderoso y *satisfecho*, cayó en un estado de descomposición desde 1700 en adelante. Sus divisiones feudales y patriarcales internas afectaron su cohesión, mientras desde afuera se le impusieron, paso a paso, las hegemónías de los estados occidentales cristianos, dinamizados por la revolución burguesa e industrial. La progresiva colonización por el Occidente estimuló, a partir del siglo XIX, dos tipos de respuesta nacionalista en el mundo musulmán. Uno de ellos es modernizador y laico, el otro, tradicionalista y clerical. En la segunda mitad del siglo XX, la modernizadora y laica se expresó a través de regímenes nacional-revolucionarios como los dirigidos por Mossadegh en Irán, por Nasser en Egipto, por el FLN en Argelia y por el Baas en Siria e Irak. El primero de ellos fue derrocado con apoyo de la CIA, y los demás carecieron de raíz profunda porque no eran democráticos sino caudillistas. A partir de 1979, las expresiones radicales del anticolonialismo musulmán cayeron en las manos de teócratas reaccionarios, nostálgicos de un pasado medieval. Sociológicamente, el radicalismo antioccidental del Islam se nutre de las frustraciones generadas por el profundo atraso científico y técnico de sus élites y clases populares, condenadas al desempleo crónico en una economía mundial hiper-tecnológica.

El fenómeno sionista agregó otro virulento factor de conflicto. El pueblo judío, que en Europa fue discriminado, perseguido y finalmente sometido al más criminal y masivo genocidio de todos los tiempos, tiene derecho, como todos los demás pueblos, a su etapa nacionalista liberadora. Ésta tiene, como expresión natural y firme, el afán de reocupar la tierra de origen del pueblo de Jacob para estar, por siempre, a salvo de nuevas amenazas. Inevitablemente su nacionalismo subjetivamente liberador choca de frente contra el nacionalismo igualmente liberador de los árabes de Palestina, y en solidaridad con estos últimos el mundo musulmán no logra ver a los sionistas y al Estado de Israel como otra cosa que un *instrumento objetivo* del neocolonialismo occidental.

Luchas armadas entre el Occidente y los nacionalismos musulmanes se dieron en diferentes momentos en Irán, en Egipto, en Irak y actualmente en Afganistán. Desde Teherán, un repugnante régimen blande su (futura) espada nuclear contra Israel y el Occidente en nombre de un



presunto anticolonialismo. Existen sectores musulmanes y tercermundistas que se dejan ganar por esos gestos desafiantes. Por los aspectos de enfrentamiento colonial-anticolonial que van implícitos en la gran contienda geopolítica por el acceso y control de los recursos estratégicos del Medio Oriente Ampliado, en última instancia no podrá haber ninguna solución satisfactoria que no incluya alguna especie de gran *diálogo entre culturas*.

AMÉRICA LATINA, VENEZUELA Y COLOMBIA

América Latina vive en la actualidad uno de sus momentos más confusos, aunque a primera vista pareciera existir un ambiente de entendimiento. En Cancún acaba de celebrarse una cumbre del Grupo de Río en la cual se resolvió, en principio, unificar políticamente a todos los países latinoamericanos y caribeños soberanos en una nueva organización regional que constituiría una suerte de "OEA sin Estados Unidos y Canadá".

La creación de tal OELA u Oelac ha sido vislumbrada en muchas ocasiones por los voceros de un nacionalismo democrático de patria grande que englobaría a todos los países en vías de desarrollo de la América Morena. Al lado de la OEA que reúne y coordina *verticalmente* a las naciones del hemisferio, tanto industrializadas como preindustriales o emergentes, es razonable que también exista una organización que exprese la solidaridad *horizontal* de estos últimos y les sirva de base para consensos que permitan diálogos simétricos entre el Norte y el Sur. En una perspectiva estructural sería y constructiva, una relación interamericana entre dos partes aproximadamente iguales luce más prometedor a largo plazo que la continuación del trato desigual entre un gigante y una veintena de enanos.

De hecho esta organización horizontal ya existe, y no es otra que el propio Grupo de Río, fundado en la década de los años 1980 como resultado de la fusión de los Grupos de Contadora y de Apoyo que actuaron para restablecer la paz en Centroamérica. Posteriormente se am-

plió con la inclusión de otros países de Latinoamérica y del Caribe, todos ellos de régimen democrático con la sola excepción de Cuba que, por motivos prácticos, no puede quedar excluida de una búsqueda de consenso regional completo. En la cumbre de Cancún, habría sido suficiente una decisión de ampliar las atribuciones del propio G-Río y, tal vez, dotarlo de algunos mecanismos adicionales, para que cobrase existencia real una organización útil y ágil que cumpliera plenamente los fines de la hipotética Oelac.

Peró América Latina sufre hondas divisiones ideológicas, además de la brecha que se ha abierto entre las ambiciones sub-hegemónicas de Brasil y la realidad más modesta de otros países. En lo ideológico, la agitación llevada a cabo por el gobernante venezolano Hugo Chávez, con apoyo y asesoramiento de Cuba, ha logrado causar una generalizada manía de aparentar sentimientos antiimperialistas y pro-cubanos. Con algo de hipocresía, gobernantes que se entienden de maravilla con los Estados Unidos (el propio Chávez depende totalmente de las compras petroleras norteamericanas) apoyan la idea de una nueva organización sin los gringos pero con los cubanos, para no sufrir las desagradables y hasta peligrosas consecuencias que podría tener una actitud distinta.

El presidente brasileño Luiz Inácio "Lula" Da Silva se inclina a respaldar a Chávez en su agitación contra el *imperio*, con el afán de servirse de él para los intereses tanto económicos como diplomáticos de Brasil. Tal vez quiera aprovechar la actitud conciliadora y aparentemente débil del presidente Obama para fortalecer la posición de Brasil como potencia emergente merecedora de respeto. Por ello no se opone a la tendencia venezolana de plantear el proyecto de nueva organización regional, no en términos positivos (*por* una mejor concertación latinoamericana), sino en términos negativos (*contra* el *imperio* norteamericano).

La tensión existente entre Venezuela y Colombia constituye el episodio más ruidoso y dramático de la actual división ideológica de Latinoamérica entre gobiernos realmente o pretendidamente izquierdistas y otros tendientes hacia la centroderecha. La pelea fue iniciada hace diez años por evidente iniciativa unilateral y voluntariosa del presidente Hugo Chávez quien decidió colocar su visión política de una nueva epopeya bolivariana por encima de todas las conveniencias materiales y humanas de dos pueblos

hermanos que venían estrechando cada vez más su cooperación y sus intercambios. Básicamente, el error histórico del gobernante venezolano consiste en negarle a Colombia su carácter democrático y socialmente móvil, e imaginarla como un país oligárquico y represivo, donde una lucha armada revolucionaria podría tener justificación moral. A partir de ese error básico, la agresiva actitud del presidente Chávez ha impulsado a los gobiernos de Bogotá a estrechar su alianza estratégica con Estados Unidos, a través del Plan Colombia y una presencia logística y asesora norteamericana en bases militares colombianas. Con todo, no es creíble que Venezuela piense seriamente en desencadenar un conflicto armado que sin duda le resultaría desastroso.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.